



Irresuelta, pero madre

Daniela Sierra Navarrete
Docente
Programa de Antropología
Universidad Externado de Colombia

Edición especial
Historia sobre la marcha

Lucem

Imagen: Natalia Medina
Instagram: @natalia.medinam

Irresuelta, pero madre

Daniela Sierra Navarrete*

El cuerpo me pesaba tanto que no podía despegarme del privilegio de la cama. Tanta pesadumbre; tanto dolor, tanto desgano ¿Por qué? Parecía que no fuera a salir el sol, las nubes persistían y el frío amedrentaba.

Entretanto, me llegó un mensaje del *Universo* para sacarme de la desazón, para invitarme a transformar la pesadez en otra cosa. Mujeres bellas, maestras, colegas. Y un colega también hermoso. Me invitaron a la conversa, me regalaron un espacio para escucharles a ellas, a él, a las y los estudiantes. Un espacio cálido para ponernos así, sin resolver. Gran lectura fina: un regalo de ellas para todas las personas presentes en aquel cálido escenario.

No siempre se puede resolver. Una lección que me cuesta comprender. Soy un toro que va por la vida tratando de acabar cosas, concluir las, explicarlas. No puede ser que queden cabos sueltos. Para mí no es cómodo el proceso. Soy adicta a la conclusión.

Pobrecita.

El mundo no es concluso, se va haciendo, es su condición. Se ha venido haciendo y se sigue haciendo, está en infinitivo. Una señal inequívoca de esta noción de proceso (y persisto con las certezas...) es nuestro actual Paro Nacional. No existe categoría que lo recoja. No existe plataforma que lo organice. Lo que pasa hoy es genuinamente espontáneo, brota, es orgánico (perdón por insistir en definir), es plural. No cabe en una categoría racional.

El amargor ha mermado un poco a pesar de la ansiedad de tabaco. Lo de hoy es una dulce nostalgia sobre el tiempo, pero no el tiempo del reloj, me refiero al tiempo del pescador: la lluvia, el trueno, el viento, la nube que se ve. Ese tiempo que no es producto humano, sino más bien el que condiciona lo humano. Tengo nostalgia de ese tiempo. Del que no alcanzamos a entender. El que nos regala signos, signos de la bastedad, de la inmensidad, de lo inconmensurable. Signos de la muerte, de la vida —muerte — vida.

Esta dulce nostalgia me lleva a esperanzarme en otro hecho ecológico, el reciclaje. O mejor, en términos parafraseados de los Misak: *los muertos se siembran y perviven en la memoria*.

* Daniela Sierra Navarrete, antropóloga, investigadora social de la Fundación Alma, docente del Programa de Antropología de la Universidad Externado de Colombia, parte del grupo de investigación “Socioecología anfibia”. Correo: daniela.sierra@uexternado.edu.co.

Esa pesadumbre de la que me sacaron mis amadas colegas, creo, era una pesadumbre colectiva. Nos dolía el cuerpo al mismo tiempo y a todas. Una tristeza profunda que no tenía una explicación específica, pero que persistía. Era la muerte situándose en nuestros cuerpos. Sí, la muerte ayer en la mañana nos marcó el cuerpo, otra vez. Ya nos ha pasado. Ayer nos pasó al tiempo.

Irresuelta y con el cuerpo marcado por la muerte, con la certeza de lo colectivo no porque la sepa, sino porque la siento, esperanzada, asombrada. Mi hija de 10 años me está enseñando a vivir este momento y se lo agradezco, infinitamente se lo agradezco.

Desde anoche palpita en mí una intuición: el *mntu* germinó. Hija afro, hija amerindia, hija ibérica. También barroca. Germinó en forma de mujer, es una niña, es una joven. La génesis de la inconformidad, la que no teme. Germinó y se regó. Viene hecha poder, viene a recordarnos que nacemos con sabiduría.

Mi palpito me está llevando a seguir a mi hija, la que no pide permiso para coger la cacerola. No consulta a sus mayores para hacer letreros con una ortografía terrible, pero ¿Qué importa la ortografía cuando estamos defendiendo la vida? Eso no le preocupa. Ante el rumor municipal sobre una manifestación, reunión, cacerolazo, evento, cualquiera que sea, pero que tenga índole de reclamo, de defensa, de pronunciamiento sobre la injusticia, ella no titubea. Nos saca de la casa...

“Ponte tu chaqueta y vamos”.

Para mi retoña es apenas natural protestar, y yo mientras tanto estoy en el camino de aprender a no resolver, pero con dos certezas necesarias para andar: una, soy la madre de una defensora de la vida, y dos, daré mi vida entera para acompañarla a defender lo único y más valioso que tenemos: nuestras vidas.

¡Gracias Universo!